

» la humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre; consustancial al Padre segun la divinidad, y consustancial á nosotros segun la humanidad; compuesto de una alma racional y de un cuerpo; en todo semejante á nosotros, excepto el pecado; engendrado del Padre antes de todos los siglos segun la divinidad; y en nuestros últimos tiempos nacido de la Virgen María segun la humanidad, por nosotros y por nuestra salvacion; un mismo y solo Jesucristo, Hijo único, Señor, en dos naturalezas, sin confusion, sin cambio, sin division, sin separacion, sin que la union perjudique á la diferencia de naturalezas: al contrario, la propiedad de cada una es conservada, y concurre en una sola persona, en una sola hipóstasis; por manera que Jesucristo no está dividido en dos personas, sino que es un solo y mismo Señor, el Verbo, Hijo único de Dios. » Esta expresion neta, explícita y categórica del dogma de la Encarnacion, fué acogida por las aclamaciones de todos los Padres y suscrita unánimemente. Para dar mas brillo y solemnidad á la lectura de esta profesion de fe, el emperador Marciano asistió en persona á la sexta sesion, en que se leyó. Declaró que á ejemplo de Constantino no habia querido entrar en aquella santa asamblea sino para apoyar con la autoridad imperial las decisiones del concilio, mas no para influir en lo mas mínimo en la libertad de los sufragios. Todos los Padres exclamaron: « ¡Viva el nuevo Constantino! » Vivan el religiosísimo emperador, y la emperatriz ortodoxa! » Reinado largo y feliz á Marciano! » El emperador mandó leer la definicion de la fe, y preguntó si todos estaban de acuerdo con lo que acababan de oír. Exclamaron todos: « ¡Nosotros no tenemos sino una fe, una doctrina. Tal es la fe de los santos doctores; tal fué la de los Apóstoles. Esta es la fe que ha salvado al universo! » Marciano publicó un decreto que promulgaba la profesion de fe del concilio de Calcedonia, y la condenacion de Eutiques. Este murió poco despues, de cerca de setenta y cinco años de edad. — Los Padres trataron en las sesiones siguientes de ciertos puntos y artículos de disciplina: prohibicion de fundar ningun monasterio sin consentimiento

del obispo y del señor del lugar; sumision de los monjes á la jurisdiccion diocesana; prohibicion á los eclesiásticos y monjes de encargarse de tutelas ni mayordomías, ni de pasar de una iglesia á otra sin permiso del ordinario.

Hasta aquí los actos del concilio habian sido perfectamente regulares. Una tentativa de Anatolio interrumpió la armonía que no habia cesado de reinar entre los Padres del concilio de Calcedonia y los legados del papa. Era pretension hereditaria en los patriarcas de Constantinopla de elevar su cátedra al segundo rango en la Iglesia, atribuyéndole el primado, ó mejor el grado superior jerárquico despues de Roma. Anatolio creyó favorable el momento para entablarla: los servicios inmensos que habia prestado á la Iglesia católica, el celo de que habia dado pruebas contra la herejía de Eutiques, las cartas ó letras de comunion que recientemente habia recibido del soberano Pontífice, le hacian esperar que su peticion seria bien acogida. Y en efecto, el cánón veintiocho del concilio Calcedonense fué hecho en este sentido. Mas los legados del Papa protestaron altamente contra esta innovacion. « El bienaventurado y apostólico Papa, dijeron ellos, nos ha dado esta instruccion entre otras: Si algunos obispos, sobrado confiados en el esplendor de sus ciudades, quisieren arrogarse algunas prerogativas, resistidles con la firmeza conveniente. » Los legados apoyaron estas dignas expresiones con la lectura del cánón 6º de Nicea, en donde, como hemos visto, esta cuestion estaba resuelta (1). Esta discusion quedó pues suspensa, y se procedió muy pronto á la clausura del concilio en noviembre de 451, con la accion décimasexta y última. [Los cánones se publica-

(1) La traduccion del cánón 6º del concilio Niceno dada por el abate Darras no es conforme á ninguna de las actas auténticas del concilio Niceno, y solo el colector Mansi indicó hallarse concebido en estos términos dicho cánón en el texto ó copia de dicho concilio presentada por los legados del papa en el concilio Calcedonense. Mas esta version ni es auténtica ni está reconocida *probable* por ningun crítico sabio. La relacion que el señor Abate hace del concilio Calcedonense está muy incompleta é inexacta. Pero como en el fondo y en lo esencial es verdadera, nos abstenemos de hacer mas observaciones acerca de este interesantísimo concilio, al cual asistieron 630 Padres.

(El Traductor.)

ron probablemente en la acción décimaquinta : eran, según unos 26 ; según otros 28 ; según algunos 30. El canon 28º. nunca ha sido reconocido ni aprobado por el papa, como contrario á los derechos de los patriarcados de Alejandría y de Antioquía, consagrados por el canon 6º. del concilio Niceno. Asistieron seiscientos treinta obispos ; y las actas del concilio se encabezaron de la manera siguiente : *In civitate Chalcedonensi, metropoli provinciæ Bithyniæ, facta est synodus ex decreto piissimorum Imperatorum Valentiniiani et Martiani, et sub die 8 idus octobris, indict. 4, in ecclesia Sanctæ martyris Euphemiæ, congregatis et comedentibus Paschasino et Lucentio reverendisimis episcopis, et Bonifacio religiosissimo presbytero, tenentibus locum sanctissimi et reverendissimi Archiepiscopi urbis Romæ Leonis, et Anatolio reverendissimo episcopo inclitytæ urbis Constantinopolitanæ, cæterisque reverendisimis episcopis et gloriosissimis Judicibus.....* Se ve pues que el emperador Valentiniano cooperó con Marciano á la convocación del concilio, circunstancia harto de señalar. — Santa Pulqueria, de consentimiento con el senado, ofreció á Marciano el imperio, y casó con él, permaneciendo ambos en el estado de continencia. En la acción octava Teodoreto, sospechoso de arrianismo, hizo su profesión de fe clara y explícitamente, y así fué rehabilitado por los legados del papa y por todo el concilio. Es muy digna de notarse la última frase de la acción octava : *Archiepiscopo Leoni, multos annos : POST DEUM, LEO JUDICAVIT.* Los obispos se separaron llevando la santa satisfacción y esperanza de asegurar por muchos años la paz de la Iglesia por su concierto y piadosos esfuerzos. Habían dirigido al soberano Pontífice las actas del concilio y una epístola sinodal. Le pedían en esta especialmente confirmarse por su autoridad apostólica el privilegio que habían creído otorgar á la silla de Constantinopla : lo mismo le suplicaba Anatolio en una carta particular. San Leon se mantuvo firme contra esta pretension. Su respuesta á Anatolio, y sus cartas al emperador y á la emperatriz santa Pulqueria, son un magnífico testimonio de su solicitud en salvar las reglas de la jerarquía

eclesiástica, sin respeto humano (452). Los Eutiquianos se valieron de la reserva del papa respecto del canon 28, relativo á la preeminencia de la silla de Constantinopla sobre los demás patriarcados, para decir que san Leon no recibía las actas del concilio de Calcedonia. El papa se vió pues obligado á renovar con cartas públicamente notificadas lo que había declarado en las que había remitido á los emperadores y á Anatolio. Confirmaba todo lo relativo á la cuestión dogmática, y aun á lo tocante á la disciplina ; mas protestaba contra la atrevida empresa del patriarca constantinopolitano.

5. Mientras que este gran papa volvía á la unidad de la fe y á la paz las iglesias de Oriente, en el Occidente detenía al cruel rey de los Hunos en su marcha triunfante al través de las ruinas del mundo romano. Atila, el mas temible *carnicero de hombres* que hubiese aun parecido al frente de las naciones bárbaras, parecía haber nacido para espanto del universo : salido de los bosques de la Tartaria, parecía llevar en su destino tal terror, que el vulgo se hizo de él la opinion mas espantosa y fatídica. Su presencia y ademanes eran soberbios, altivos, feroces : aparecía una funesta potencia aterradora en los movimientos de su cuerpo, en el devaneo de sus fieras miradas. Su estatura pequeña, su ancho pecho, su cabeza aun mas dilatada, su barba escasa y su tez morena anunciaban ya su origen. Su capital era un campamento en las orillas del Danubio. Los reyes que había sometido, hacían la guardia por turno á la entrada de su tienda. Cubriendo su mesa de platos de madera y de comidas silvestres, dejaba las vajillas de oro y plata en manos de sus soldados. Asentado en un taburete, el Tártaro recibía los embajadores de Valentiniano III y Teodosio el Joven, cuya credulidad engañaba tan lindamente que hiciera honor al mas hábil cortesano de Constantinopla ó de Roma. Decía él de sí mismo, con salvaje energía : « Cae la estrella, tiembla la tierra ; yo soy el martillo del mundo. La yerba no crece mas por do pase el caballo de Atila. » Se hacía llamar oficialmente el *Azote de Dios*. Los dos emperadores romanos de Ravena y de Constantinopla habían creído dete-

ner á este bárbaro á sus puertas, dándole el título de *general del imperio*, y pagándole un tributo que miraban ellos como su renta. Pero el Huno decia: « Los generales de los emperadores son criados; y los criados de Atila son emperadores. » Cierta dia envió dos Godos, uno á Teodosio II y otro á Valentiniano III, con este mensaje: « Atila, mi amo y amo vuestro, os manda le prepareis un palacio. » Era la señal de la invasion (CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*). Llevando en pos de sí un enjambre de príncipes tributarios y quinientos mil Bárbaros, pasó el Rhin y penetró en las Galias (451). Era precisamente la época en que el cuarto concilio ecuménico debia de reunirse en Nicea de la Iliria: el terror de las armas de Atila le hizo trasladar á Calcedonia. Tongres, Reims, Arras, Cambrai, Besanzon, Langres y Auxerre fueron saqueadas y entregadas á todas las violencias de una soldadesca sin freno. Metz, que quiso oponerse algun tiempo, vió degollar mas de la mitad de sus habitantes: los Bárbaros llevaron el resto prisioneros con su obispo, y pusieron fuego á la ciudad, que quedó reducida á cenizas. Troyes estaba amenazada de igual suerte. Lupo, su obispo, no cesaba de implorar la misericordia divina con sus oraciones, ayunos, lágrimas y buenas obras. En fin, lleno de sobrenatural confianza, se adorna con sus ornamentos pontificales, sale al encuentro de Atila, y le pregunta: « ¿Quién sois vos, para vencer tantos reyes y pueblos, arruinar tantas ciudades y subyugar al universo? » Atila le respondió: « *Yo soy el rey de los Hunos, el azote de Dios.* — Si sois el azote de mi Dios, respondió el obispo, tened cuenta con no hacer sino lo que os permite la mano que os mueve y os gobierna. » Admirado Atila de la entereza de este lenguaje y de la majestad del santo pontífice, prometió perdonar la ciudad, y la atravesó sin hacer daño. — En París la alarma era tal, que los habitantes pensaban retirarse con sus mujeres y familias á sitios mas defendidos. Santa Genoveva, aquella humilde vírgen de Nanterre, á quien habian consagrado á Dios san German y san Lupo, se hizo la patrona y madre de la ciudad. Animó á todos los abatidos, aseguró sub-

sistencia á la muchedumbre espantada, y prometió en nombre del cielo que Atila no se acercaria á los muros de París. Y en efecto, el rey de los Hunos, cambiando repentinamente de direccion, vino á caer con sus innumerables hordas hácia la ciudad de Orleans. Esta poblacion, destinada á las mas maravillosas redenciones, tenia entonces por obispo á san Agnatio: y le debió su salvacion. Porque sin perder momento tuvo tiempo de llegar á Arles solicitando socorro de Aecio, general de los Romanos. En el momento mismo en que Orleans, apurada del hambre, iba á abrir sus puertas á los Bárbaros, el ejército combinado de Aecio y de Teodorico, rey de los Visigodos, se presentó á la vista de sus muros. Atila, bramando de cólera, levantó el sitio y se fué á buscar en las llanuras de Chalons un campo de batalla donde pudiera desplegar sus fuerzas, y ofrecer el combate á sus adversarios. Aecio y Teodorico contaban en sus filas á un príncipe de los Francos, Meroveo, que mandaba un cuerpo de su nacion. Los dos ejércitos, acampados en presencia, juntaban cerca de un millon de combatientes. Se empeñó la batalla: fué una de las mas espantosas de que haya hecho mencion la historia. Trescientos mil hombres quedaron en el campo: un arroyo que atravesaba el llano se convirtió en un torrente de sangre. Teodorico perdió la vida, pero aseguró la victoria á sus aliados. Atila, completamente derrotado, se huyó á su campamento, y volvió á pasar el Rhin. — En el año siguiente, 452, volvió á aparecer mas terrible que nunca sobre las fronteras de Italia, despues de haber puesto á sangre y fuego toda la Panonia y la Nórica. Valentiniano III dejó precipitadamente á Ravena y corrió á encerrarse en Roma. Atila sitia y arruina á Aquileya, Padua, Vicenza, Verona, Brescia y Bérgamo, saquea á Milan y Pavia. Al través de los restos de tantas ciudades asoladas é incendiadas, llega cerca de Mantua á las orillas del Mincio: las poblaciones huian en masa despavoridas, é iban buscando, en medio de los pantanos donde despues se fundó Venecia, un asilo contra estos bárbaros vencedores. Se creyó que habia llegado sin remedio la última hora del imperio romano; san

Leon, empero, logró conjurar el peligro. Se presentó ante Atila como el enviado del cielo, como un embajador de paz. Estas dos soberanías, de la palabra y de la espada, se hallaron cara á cara; mas la espada se inclinó ante la majestad del Evangelio. Atila, sobrecogido de respeto á la vista de este gran Pontífice, cuya reputacion habia llegado hasta el fondo de la Tartaria, escuchó favorablemente sus proposiciones; dejó la Italia, y se retiró al otro lado del Danubio, donde la muerte le arrebató en medio de sus planes de destruccion (453). A su vuelta de la embajada, el papa entró en Roma en triunfo, y el pueblo entusiasmado le dió el título de Magno.

6. La auréola del ingenio, que brillaba en la persona del santo Pontífice, realizaba maravillosamente el brillo y majestad de la silla apostólica. Sus cartas eran recibidas en todas las iglesias del universo con testimonios de respeto y de la mas profunda sumision filial. Los obispos de las Galias le decian que excitaban la admiracion universal. « Es justo, añadian, » que sea establecida la primacia de la cátedra de Pedro, allí » donde se continúa la tradicion de los oráculos del espíritu » apostólico. » Se reunian en concilio para recibir la condenacion de Eutiques, y agradecian al santo Pontífice la solicitud con que les preservaba de los errores que felizmente aun no habian penetrado hasta sus iglesias. Las del Oriente, no presentaban entonces la union y calma de las del Occidente. En Alejandría, la deposicion de Dióscoro por los Padres de Calcedonia fué ocasion de graves alborotos. El pueblo de Alejandría se dividió entre Proterio, nuevamente elegido, y Dióscoro, desterrado. Los partidarios de este insultaban á los magistrados, y perseguian á pedradas á los soldados que querian apagar la sedicion. Estos se refugiaron en el templo de Serapis, donde fueron sitiados por los amotinados. Furiosos estos aun mas por la resistencia de aquellos, pusieron fuego al templo, donde fueron quemados vivos. El emperador Marciano tomó medidas severas para comprimir y castigar estas violencias. — Entre tanto el nuevo patriarca, Proterio, escribió al papa san Leon para alcanzar de la autoridad de la Sede apostólica la confir-

macion de su eleccion. Así que se hubo asegurado de la pureza de su fe, san Leon envió á Proterio letras de comunión (454). La Palestina se hallaba al propio tiempo hecha presa de una faccion de Eutiquianos, que rehusaban someterse al concilio Calcedonense. Se habia apoderado de la silla de Jerusalem un obispo intruso llamado Teodosio, y se mantenía en ella por los esfuerzos de algunos monjes influyentes, afectos al eutiquianismo, y sobre todo por el favor de la emperatriz Eudoxia, viuda de Teodosio II, que habitaba en la Palestina. San Leon escribió á esta princesa para separarla de la herejía una carta admirable, que puede mirarse como un tratado completo del dogma de la Encarnacion. La controversia entre los dos partidos habia tomado la forma de una logomaquia de gramáticos, y giraba sobre la diferencia entre la particula *de* y la particula *en*. Los cismáticos decian que Jesucristo, Dios y hombre, es *de* dos naturalezas; los católicos que Cristo, siendo verdadero Dios y hombre, no solamente es *de* dos naturalezas, sino que está *en* dos naturalezas. Para hacerse cargo bien de la importancia de esta última expresion, es menester saber que Eutiques y Dióscoro, al decir que Cristo es *de* dos naturalezas, sobreentendian: *antes de la Encarnacion*; y pretendian que en este misterio las dos naturalezas se habian confundido en una sola persona del Hombre-Dios: y hé aquí porqué los católicos insistian tanto en la expresion: está *en dos naturalezas*. El papa escribió á los monjes, autores de estas divisiones, cartas muy elocuentes y sólidas: « ¡Qué no hubieran hecho entre » vosotros las sangrientas persecuciones, los garfios de hierro, » los tormentos y verdugos, si para robaros la integridad de » la fe han bastado vanos artificios de miserables herejes! » ¡Vosotros creéis obrar por la verdad; y sin embargo osáis » combatir contra la verdad! ¡Os armáis del nombre de la Igle- » sia, y lo que haceis es rasgar el seno de la Iglesia! ¿Habeis » aprendido acaso esto de los Profetas, Apóstoles y Evange- » listas? » Estas exhortaciones, favorecidas con una vigilancia activa de parte de Marciano, llevaron su fruto. Teodosio, el obispo intruso, fué echado de su silla usurpada, y Juvenal,

patriarca legítimo, entró en el libre ejercicio de su autoridad (454). No se le pasaba á la solicitud de san Leon Magno ninguna de las cuestiones que se agitaban entre las iglesias de Oriente. Apenas supo el restablecimiento de Juvenal en Jerusalem, se apresuró á escribir al patriarca de Antioquía, exhortándole á mantener sin alteracion ni menoscabo sus derechos de metropolitano que trataban de disputarse los obispos de Jerusalem. « No disminuya jamás los privilegios de la iglesia de » Antioquía, decia el papa, la ambicion de ninguno otro; por » que tengo tal respeto á los cánones nicenos, que jamás » permitiré se les quebrante con ninguna innovacion. » Para consolidar mas la unidad de gobierno, daba entonces á Teodoro, obispo de Ciro, el título y funciones de su legado en las provincias del Eufrates y de la Armenia. — Julian de Cos tenia la misma dignidad en Constantinopla; é informó á san Leon la conducta sospechosa de Anatolio, patriarca de aquella ciudad, con los restos del partido eutiquiano que no cesaban de proseguir sus intrigas y cavilosasidades. Aecio, arcediano católico de esta iglesia, habia sido despojado de su dignidad, por dársela á un eutiquiano. El papa insistió con el patriarca para que fuese restablecido Aecio en su dignidad. El emperador Marciano medió é intervino en el mismo sentido, y Anatolio se sometió. Conservaba siempre, empero, la pretension de usar de los privilegios que le conferia el cánón subreptico del concilio Calcedonense. El papa le reprendió severamente. El patriarca, sin insistir mas, respondió reconociendo la necesidad de la sancion pontifical en este negocio. « En cuanto á lo que ha » sido decidido en favor de la silla de Constantinopla, escri- » bia al papa, estad seguro de que no he tenido yo parte activa » en ello. Por otra parte, la confirmacion de todo cuanto se ha » hecho ha sido reservada á la autoridad de Vuestra Santidad. » Estas preocupaciones exteriores no bastaban á absorber la infatigable actividad de san Leon: él se aplicaba á reglar desde entonces la celebracion de la Pascua. Por órden suya, Victorio de Aquitania trabajaba en la redaccion de un cánón pascual mas extenso, exacto y científico que cuantos le habian prece-

dido. El docto Galo volvió á tomar muy de atrás en esta obra toda la serie de lunaciones y dias desde el principio del mundo, siguiendo la cronología de Eusebio: prosiguió su trabajo hasta el año 559 de la Encarnacion. El Ciclo de Victorio, publicado en 457, fué desde entonces la regla de la Iglesia latina, y sirvió en adelante de base á todos los trabajos análogos.

7. Los acontecimientos políticos se sucedian en el Occidente con una gravedad espantosa. Valentiniano III, entregado á los placeres y á los eunucos, era incapaz de gobernar por sí mismo. Aecio, que se habia cubierto de gloria en los llanos de Chalons derrotando al hasta entonces invencible Atila, no tardó en disgustar al débil y apocado Valentiniano III. Mandóle este venir un dia á palacio, y en el ardor de la discusion le atravesó de una estocada. Se hallaba entre los palaciegos un romano verdaderamente digno de este nombre, que dijo al príncipe: « Acabais de cortaros la mano derecha con la izquierda. » Pocos dias despues Valentiniano sucumbió al puñal de sicarios pagados por el senador Máximo, que ansiaba subir al trono (455). El matador se vistió en seguida de la púrpura comprada con un crimen, y obligó á la emperatriz Eudoxia, viuda de su víctima, á recibir como esposa su mano teñida aun en sangre. Eudoxia creyó vengar su honor y la muerte de su marido, sacrificando á su resentimiento el sacro interés de la patria. Llamó á Genserico, rey de los Vándalos, á Roma, y le prometió de ayudarle á hacerse dueño de ella. El Bárbaro partió del África con una armada formidable. La noticia de su llegada se esparció muy pronto en Italia y con ella el terror. Máximo, asesino coronado, se preparaba á salirse de Roma; baja cobardía que irritó sobremanera hasta á sus mismos partidarios. Algunos criados de su palacio le mataron y descuartizaron sus miembros, arrojándolos furiosamente al Tiber (12 de junio de 455). Genserico se hallaba ya á tres jornadas de Roma, y solo quedaba en pié un poder; solo un hombre habia conservado, en medio de la consternacion general, todo su valor, toda su energía. Este poder era el pontificado, y este hombre san Leon Magno. Ya habia salvado á Roma de la invasion de